

liberalidades, pero difícilmente se consigue que olvide una ofensa. Gusta mucho de arengas y panegíricos en que lo alaben con exceso, de periódicos en que lo condecoran con títulos espléndidos, de arcos triunfales, acompañamientos, homenajes, humillaciones. El título de Libertador es el que quiere que se le dé cuando se le nombre, y no el de Presidente, ni de General. Escribe con vigor y energía; su imaginación es rica en ideas sublimes y atrevidas. La lectura le agrada mucho, particularmente la del *Contrato social* de Rousseau. Su vanidad le hace creer que todo lo sabe, que nada se esconde a su habilidad y que ningún hombre se le asemeja. Su conversación es agradable, a veces instructiva, aunque escribe mejor que habla. El convencimiento de su supremacía le sugiere a veces la idea de ridiculizar a los concurrentes en su misma casa, y sus amigos le agradecen estos rasgos de confianza y de amistad, según los denominan ellos mismos.

»Sus ideas sobre religión, en cuanto ella tiene conexión con el orden político de un Estado, son correctas y liberales. En el discurso preliminar de la Constitución boliviana las ha manifestado con filosofía y exactitud; pero ha hecho (en 1828), el sacrificio de ella al clero colombiano para atraerlo a su partido y ganar su apoyo. Sus decretos, después del año de 1828, en que subió al poder absoluto, parecen dictados por el Gabinete de Felipe II (exacto, y casi lo mismo dicen Baralt y Gil Fortoul, sus panegiristas venezolanos). Sólo la inquisición no se ha restablecido en Colombia. Bolívar no ama al clero, aunque le hace la corte con destreza y maña. Menos ama a los abogados y literatos, a quienes también llama *ideólogos*, (lo mismo que Napoleón). La clase que atrae todo su cariño, sus liberalidades y sus aplausos, es la militar. Debiéndolo todo a ella, y esperándolo todo de ella, los militares, y con preferencia los nacidos en Venezuela, ocupan toda su atención y su afecto.

»No es fácil decidir si Bolívar ha tenido intención de hacerse Rey o Emperador. No han faltado quienes de buena fe se lo aconsejaron; pero él ha comprendido que su cetro no sería duradero. Sus máximas favoritas son: que se debe aprovechar la sustancia de las cosas y desechar la corteza; que la autoridad de un monarca y no el título es lo que se debe apreciar donde el pueblo se detiene a examinar los nombres sin cuidarse de investigar lo sustancial del poder; que un Rey en Colombia sería detestado sólo porque se denominara rey, aunque presidiera a un sistema republicano, y que un presidente con todas las facultades de

un monarca gozaría de popularidad en razón del título.

»De estos lineamientos puede inferirse que Bolívar en América no es un hombre común. Si la independencia de estos ricos y vastos países le es deudora de grandes e importantes servicios, la libertad hasta ahora no le debe ninguno. Si Bolívar, después de la batalla de Ayacucho, regresa a Colombia y, deponiendo sus inmarcesibles laureles al pie del trono de la ley, se retira a la vida privada, su gloria sería muy superior a la de los héroes de la antigüedad y del mundo moderno.»⁽¹⁾

En las páginas transcritas se transparenta claramente el rojo blanco de la pasión política, el encono del vencido, la ira del humillado, la frialdad del émulo, pero también palpitan en ellas la sinceridad y la verdad hasta el punto de que quizá no hay una cláusula que no pueda reforzarse con documentos de diversas e insospechables fuentes.

Es un retrato, psicológico más que todo, fruto de la inteligente y perseverante observación de un selecto espíritu también, de estudios, ideas y temperamento opuestos. Si el parecido no concuerda con el antiguo original, la causa hay que interrogarla al tiempo, como a él habría que preguntar por la desemejanza de dos imágenes tomadas en la adolescencia y en la decrepitud.

Reiteradamente, y con mucho acierto, señala Santander la constancia como la virtud creadora de Bolívar. El fatalismo que le atribuye lo atestiguan innumerables episodios de su vida, y lo mismo puede decirse respecto de sus afectos y de sus odios, en los cuales se destaca su alma profundamente pagana, practicadora del consejo de Sócrates a Demócrito: «Sé buen amigo de tus amigos, y buen enemigo de tus enemigos».

Respecto de las ideas religiosas, no parece sino que Santander hubiera conocido el *Diario de Bucaramanga*, y, por lo que hace a las veleidades anti-republicanas, la apreciación es justa y acorde hasta con los documentos inéditos, recientemente publicados, entre otros, la malhadada carta a Páez aprobándole y encomiándole su rebelión de Valencia, que fué encontrada en un archivo público de París, y publicada por un venezolano. Bolívar jamás pensó ni intentó ceñirse una corona, a lo menos ese pensamiento o intención no consta escrito en parte alguna, y, en cambio aparece lo contrario en fuentes insospechables, pero sí anheló, trabajó, y se perdió por alcanzar el poder vita-

(1) Memorias sobre el origen, causas y progreso de las desavenencias entre el Presidente de la República de Colombia, Simón Bolívar, y el Vicepresidente de la misma, Francisco de Paula Santander, escritas por un colombiano en 1829. (Publicadas por primera vez en la *Revista Ilustrada*, de Bogotá, 1898-1899).

licio e irresponsable, con apariencias republicanas.

Por eso la noble y sublime causa de la independencia americana lo debe todo a Bolívar, la epopeya libertadora fué su obra magna de semidiós, pero la República democrática y constitucional, la sociedad civil y libérrima que son nuestro decoro, nuestro orgullo y nuestra esperanza, nada le deben, porque lo deben todo a Camilo Torres y a Santander, hombres de talento y carácter, naturalmente inferiores a Bolívar, pero que fueron auténticos representantes de nuestra alma nacional, esencialmente civilista y apegada a las leyes, en contraste y conflicto permanente con la inteligencia creadora y la férrea voluntad dictatorial del caraqueño. Bolívar odiaba a los abogados, y Santander era un perfecto abogado colombiano, con todas las cualidades y defectos de nuestros abogados, muy capaz, a no habérselas con Bolívar, de detener en Guayaquil la expedición libertadora al Perú por no violar un inciso de la Constitución, que para él era una suerte de intangible Graal.

Santander se superó, dió más de lo que era capaz mientras duró la guerra y la preliminar organización de Colombia. Pasada esa época, en que todo fué grande, tornó a sus justas proporciones de brillante abogado, y en 1840, para vengarse de sus enemigos políticos, proclamó en el Congreso el santo derecho de insurrección, atizando la guerra fratricida más inicua y absurda que haya devastado el país, y fundando en Colombia la escuela del odio político antes que la Patria, que acabó con su soberanía e integridad, y cuyos amargos frutos de maldición saborearemos quién sabe hasta cuando.

Bolívar no dejó escuela ni sucesores, porque los varones como él sólo una vez, a través de las épocas históricas, con inescrutables designios, los forja la Santa Naturaleza en moldes especiales, que luego rompe y arroja al mar.

CORNELIO HISPANO

(El Tiempo, Bogotá).

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.